

TERREROS EN EL PASO DE LA LEXICOGRAFÍA ITALO- ESPAÑOLA DEL S. XVII A LA DEL S. XIX

Manuel Alvar Ezquerro
malvar@filol.ucm.es
Universidad Complutense de Madrid

Durante el s. XVIII no aparece ningún diccionario hispano-italiano nuevo, si exceptuamos el vocabulario italiano-español, sin título ni encabezamiento de tipo alguno, que figura en el t. IV del Diccionario castellano de Terreros (1707-1782). Bien es cierto que durante ese tiempo siguió editándose el Vocabulario de Lorenzo Franciosini (¿1600?-¿1645?).

En cada artículo de su Diccionario, Terreros puso los equivalentes de la voz en francés, latín e italiano, y, aunque no lo anuncia, en algún caso también incluye otras lenguas, como el vascuence, no olvidemos que había nacido en Trucios, Vizcaya. Las traducciones a otras lenguas son raras, pero no inexistentes, como el catalán, portugués y árabe.

El trabajo para poner las equivalencias en las otras lenguas no debió ser fácil, máxime si tenemos en cuenta que nuestro jesuita iba incorporando a su diccionario muchas voces especializadas que antes no habían aparecido en los repertorios léxicos. Bien es cierto que para un gran número de voces contaba con la experiencia de otros lexicógrafos, de la Academia para la parte española, y de otros en diversas lenguas.

Pero la intención de Terreros no solamente era la de proporcionar los equivalentes de las palabras españolas en las otras lenguas, sino también la de elaborar unos vocabularios con los que los conocedores de esas lenguas pudiesen acceder a las formas españolas, y, con ello, al contenido del Diccionario castellano.

Para los equivalentes italianos se sirvió Terreros, como él mismo nos lo hace saber, de los diccionarios monolingües de la Academia de la Crusca y de Annibal Antonini, así como los bilingües de Cristóbal de la Casas y de Lorenzo Franciosini, muy anteriores al suyo.

Las molestias que se tomó Terreros no fueron pocas, y no sólo por las palabras que introducía nuevas, sino porque decidió no seguir servilmente el Vocabulario de Franciosini. Gracias al complejo método de trabajo que empleó, pudo proporcionarnos los equivalentes directos en los casos en que Franciosini solamente daba una explicación o definición en italiano. No hay duda de que fue saltando de diccionario en diccionario hasta dar con la voz precisa. Sin embargo, en algún momento debió experimentar sensaciones amargas ante la impotencia para hallar lo que deseaba, pues no son pocos los artículos en los que no figura la traducción al italiano.

En el cuarto tomo es en el que Terreros quería poner los vocabularios con el francés, el latín y el italiano, para que sirviesen de ayuda y guía a quienes no conocían bien nuestra lengua, y para facilitar las búsquedas en otras lenguas. Pero de él no dejó redactadas sino unas papeletas, por lo que debía ser completado y preparado para la imprenta, tarea que correspondió a Miguel de Manuel y Rodríguez, pues Meseguer había fallecido en 1788.

Resulta difícil en estos momentos saber cómo era lo que había dejado hecho nuestro jesuita y en qué consistió la labor de Manuel y Rodríguez. Podemos estar seguros de que el italiano-español no es un vocabulario redactado de forma mecánica a partir de los datos contenidos en el Diccionario castellano, sino de una obra complementaria elaborada con cierta independencia del diccionario al que acompaña, por sorprendente que pueda parecernos, sobre todo habiendo leído las palabras del «Prólogo» citadas más arriba.

En cualquier caso, ese vocabulario italiano-español merecería alguna atención más de la que se le ha prestado hasta el momento, y no sólo por la cantidad de entradas, unas 35 000, que son más que las 32 000 que calculo para esa misma parte en el Vocabulario de Franciosini, sino porque Terreros pone palabras que no estaban en el otro. Además, en ocasiones, los equivalentes y las informaciones son más abundantes en el vocabulario de Terreros que en la obra de Franciosini.

Sin duda, Terreros, y con él Miguel de Manuel y Rodríguez, realizó un singular trabajo, pues para la búsqueda de los equivalentes italianos de las voces españolas, y para confeccionar ese vocabulario del último tomo del Diccionario castellano, no contaba sino con un antecedente de cierta calidad, el Vocabulario de Lorenzo Franciosini, pero cuyo contenido respondía a un estado de lengua siglo y medio anterior. Su actualización, y la búsqueda de palabras nuevas para los nuevos términos que incorporó el jesuita en su diccionario, requirieron un esfuerzo que ha quedado ensombrecido por la calidad y riqueza de éste, por más que, por lo que nos interesa en este momento, podamos encontrar entradas sin la esperada traducción al italiano.

Por otro lado, en el paso de la lexicografía italo-española del siglo XVII al siglo XIX se produjeron varios momentos, con una tradición ya envejecida que parecía querer renovarse, y la ruptura con esa tradición para iniciar una nueva etapa en la descripción del léxico. La tradición, por supuesto, es la representada por el Vocabulario de Franciosini, que se mantenía vivo siglo y medio después de haberse compuesto. Terreros lo tuvo presente tanto a la hora de poner los equivalentes italianos en el Diccionario castellano como al redactar, él o Miguel de Manuel y Rodríguez, el vocabulario italiano-español con que se acompañaba su gran obra. Éste repertorio debía ser un complemento y guía del Diccionario castellano, pero no siguió firmemente lo que había en éste, sino que se elaboró con cierta independencia, tomando datos de diversos diccionarios y obras, con lo que el resultado final es original, y distinto de lo que podemos encontrar en Franciosini. Se había producido una renovación que no siguió adelante, por el escaso conocimiento que se tuvo de ese vocabulario en su momento.

Cuando en el siglo XIX se inicia la nueva etapa de la lexicografía con el español y el italiano, se produce la ruptura. Ya no interesa Franciosini, y Terreros queda olvidado. El nuevo modelo es la lexicografía francesa, y las entradas italianas proceden de fuentes que nada tienen que ver con lo que se había venido haciendo en la lexicografía española. Es más, se tiende hacia diccionarios de formato reducido, aunque con un considerable número de entradas, por lo que las informaciones proporcionadas en el interior de los artículos son escasas, frente a lo que sucedía en el Vocabulario de Franciosini, o en el vocabulario del Diccionario castellano de Terreros. Se había iniciado un nuevo periodo, cuyos frutos se van desgranando a lo largo de la centuria, y la necesaria renovación se va produciendo con una gran lentitud.